

otra en casa de una lencera? ¡Oh, no! Pero ahora ya no me separaré de ellos.

Josefina hizo una seña á Hortensia y á Eugenio, los que corrieron hácia ella, agrupándose, de modo que parecia Josefina la Cornelia antigua.

Por un momento permanecieron abrazados y sollozando: despues, pretextando que nos comunicaban su tristeza, se despidieron, á tiempo que entraba Fréron, quien sabia la muerte del general, por lo que se inclinó profundamente ante aquel triple dolor.

XXXIV.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Ya adivinarás, mi amado Jacobo, lo que seria como elegancia y lujo un almuerzo servido por Beauvillers á tres sibaritas como Barrás, Tallien y Fréron.

En esa clase de reuniones, en que las mujeres no toman mucha parte, sin embargo, todo emana de ellas, hastalas agudezas que se cruzan de un lado y otro.

El talento es moralmente lo que el perfume de las flores físicamente.

Aun cuando yo no tenga idea ninguna de lo que es la gula, comprendo sin embargo la diferencia que existe entre un almuerzo vulgar y un almuerzo entre dos mujeres jóvenes y bellas y tres hombres que tenian la reputacion de ser los más bellos y además los de más talento de Paris.

Les nombraban el bello Tallien, el bello Barrás y el elegante Fréron.

Fréron dió su nombre á la juventud, que se llamó juventud dorada de Fréron.

Entré por una senda de la vida que me era desconocida: la vida sensual.

El almuerzo fué servido con la delicadeza que sustituia á la época brutal que acabábamos de pasar. Los vinos caian en copas de muselina, cuyo cristal era tan fino que los labios se tocaban casi al beber.

El café humeaba en tazas del Japon, delgadas como la cáscara del huevo y adornadas con figuras y plantas de colores deliciosos.

En el lujo hay una especie de embriaguez. Aunque en aquellas copas y en aquellas tazas no hubiera bebido más que agua, mi imaginación también se hubiera turbado.

Estaba sentada entre Tallien y Barrás; Tallien se ocupaba por completo de Teresa, pero Barrás exclusivamente de mí.

Como entre ellos había un plan para hacerme valer á los ojos de Barrás, procuraban por todos los medios llamar la atención del dictador futuro.

Los perfumes ejercen sobre mí una gran influencia. Cuando nos levantamos de la mesa, yo estaba muy pálida, y á pesar de esa palidez, me centelleaban los ojos.

Pasé delante de un espejo, miré, y me detuve admirada de la extraña expresión de mi fisonomía.

Mi nariz estaba dilatada, mis ojos parecían estar más abiertos, como si los perfumes se absorbieran con los ojos.

Extendí los brazos y los volví á cerrar sobre mi pecho como para estrechar aquellos aromas de las plantas, de los vinos, de los licores, de los manjares, á los que apenas había tocado.

Maquinalmente fui á sentarme delante de un piano.

Teresa lo abrió, y dejé caer mis dedos sobre las teclas: entonces, sin saber cómo, recordé aquel día, repetí de memoria las primeras melodías que te había escuchado.

Mis dedos corrian por el marfil, no diré con maestría, pero sí con vigor, con ligereza y dulzura tal, que me admiraba y sorprendía.

Me estremecía y temblaba con aquellas melodías desconocidas que brotaban de mis dedos; no eran notas, eran lágrimas, suspiros, sollozos, impulsos de alegría, de felicidad, de vida; un himno de gratitud á Dios.

No vivía como hasta entonces; sentía una vida febril, convulsiva, en la que se encerraban las sensaciones de lo que había sufrido y sentido durante el último mes.

Improvisaba con los dedos la terrible narración de los aconteci-

mientos que acababan de pasar. Yo sola componía el coro y los personajes de una tragedia antigua.

Por último cerré los ojos, arrojé un grito, y caí desmayada en brazos de Teresa.

Volví en mí por medio de una carcajada nerviosa: habían hecho que los hombres salieran de la habitación para prodigarme los cuidados que reclamaba mi desvanecimiento. Estaba medio desnuda y tenía á Teresa estrechamente abrazada, y no quería soltarla: me parecía que si la dejaba iba á rodar por un precipicio.

Antes de recobrar por completo los sentidos estuve largo rato turbada, y después me sentí invadida por un inmenso bienestar y pregunté á dónde estaban los convidados.

Una vez reparado el desorden de mi traje, volvieron á entrar.

Comprendieron que no era un desmayo fingido, sino que había sucumbido á una excitación nerviosa, más fuerte que mi razón.

Barrás se acercó á mí y me tendió sus manos, preguntándome si estaba mejor; estaban heladas y temblorosas: se veía que estaba conmovido: la misma emoción en diferentes grados demostraban los semblantes de Tallien y de Fréron.

—¿Qué habeis tenido, señorita? me preguntó Barrás.

—No lo sé: Teresa me acaba de decir que me desmaye después de haber tocado una fantasía mía.

—¿Una fantasía, señorita? Una sinfonía, que ni aun en sus mejores tiempos ha podido componer Beethoven.

—¡Ah! Si hubiera podido trascibirse, hubiérais enriquecido el repertorio con una obra maestra que, en lugar de hablar al alma con un sonido, hablaría por el corazón á todos los sentidos.

—Nada sé, nada recuerdo, le dije encogiéndome de hombros.

—De modo que si os rogaran que la volviérais á tocar...

—Me sería imposible; he improvisado sin duda, y no recuerdo ni una nota...

—¡Oh, señorita, me dijo Tallien; con la tranquilidad se reformará la sociedad.

No somos tigres, como podría hacerlo creer estos ocho meses últimos; somos un pueblo letrado, ingenioso y sensible á toda sen-

sacion. Vos debeis haberos educado en un mundo desconocido. ¿Quién ha sido vuestro maestro? ¿Quién os ha enseñado esas obras maestras?

Sonreí tristemente, porque pensaba en tí, mi amado Jacobo.

—¡Ah! exclamé sollozando; mi maestro, mi dueño querido, ha muerto.

Y me arrojé de nuevo en brazos de Teresa.

—Dejadla, señores, dijo ella; ¿no veis que todavía es una niña, y que no ha tenido más maestro que una naturaleza exuberante y pródiga, que le ha dado, además de la belleza, el amor á todo lo bello? Dadle un pincel y pintará; ¡ay! es una de esas criaturas destinadas para todas las delectaciones de la vida, ó para grandes dolores.

—Sí, para grandes dolores más bien, dije.

—Figuraos, añadió Teresa, que se ha encontrado joven y bella; pero tan sola y abandonada, que deseó morir, y que, no queriendo matarse, sin duda por respeto á la obra maestra de la creacion, gritó en la ejecucion de la de San Amarantho: ¡Abajo el tirano! ¡Muerte á Robespierre! Figuraos además que, pareciéndole que tardaba mucho la muerte en arrancarla de la cárcel, subió en la carreta de los condenados. Allí me encontró en el camino, cuando me conducian á los Carmelitas: allí me envió con un soplo el capullo de rosa que llevaba en la boca, y que recibí como un presente del ángel que iba á morir.

Bajó la última de la carreta fatal, y el verdugo hizo comprender que no estaba en la cuenta de las cabezas que tenia en lista. Un hombre honrado, que os presentaré, la tomó bajo su proteccion y la condujo á los Carmelitas, en donde nos encontrábamos Josefina y yo.

Allí nos refirió su vida; una novela sublime, como la de Pablo y Virginia. Ya sabeis lo que la debemos: ella ha sido mi mensajera, Tallien, como vos sabeis, y ayer por la noche, para recompensarla, hemos sido ingratos Josefina y yo, dejándola olvidada en la cárcel de la Fuerza. Yo fuí esta mañana á buscarla al entresuelo de la viuda de Condorcet.

Esta niña, que ha nacido con cuarenta ó cincuenta mil libras de

renta, no tenia vestido que ponerse, y ese que tiene puesto es mio.

—¡Oh, señora! murmuré.

—Dejadme decir todo esto, niña; es preciso que lo sepan, puesto que ellos tienen que reparar los errores de la fortuna. Su padre fué fusilado como emigrado en Maguncia, un Charelet, una nobleza que data de las Cruzadas. ¿De qué se la acusaba? De haber gritado ¡Abajo el tirano! ¡Abajo Robespierre! Esto, hace ocho dias, era un crimen de muerte, y hoy es un acto de virtud digno de recompensa. Pues bien, Barrás; pues bien, Tallien; escuchad, Frenon: es preciso que hagais devolver sus bienes á la que me ha devuelto á vuestra amistad. Sus tierras y su castillo están situadas en el Berri, cerca de Argenton. Sobre todo esto os informareis, Barrás, para que salga Eva cuanto antes de esa posicion de huésped mia, que tanto trabajo me ha costado que acepte y de la cual se avergüenza.

—¡Oh! no, no me avergüenzo, y no pido que se me devuelva toda mi fortuna, sino lo suficiente para vivir en Argenton y comprar la casita en donde he crecido, si está puesta en venta.

—Es preciso, señorita, me dijo Barrás, que eso se haga lo más pronto posible, porque habrá muchas reclamaciones como la vuestra, aunque no tan sagrada, lo sé, pero que llegarán antes.

¿Tendreis un hombre que vaya, como os dije esta mañana, á formar la lista de vuestras propiedades para saber si siguen confiscadas ó están vendidas.

—Tengo, le contesté, al hombre honrado que me recogió en la plaza de la Revolucion, cuando el verdugo me rechazó. Me vió arrojar á Teresa la flor que llevaba en la boca; creyó que la conocia, mientras que no era á una mujer, sino á la estatua de la belleza á la que arrojada mi flor: era comisario de policia y me condujo á los Carmelitas sin ponerme incomunicada, pensando que una prision era el asilo más seguro para mí. Desde aquel momento no me dejó, y él me condujo ayer tambien desde la Fuerza hasta mi entresuelo; es el que me ayudó á encontrar á Tallien para comunicarle las palabras de Teresa; él fué esta mañana con esta buena amiga, y en él he pensado cuando me habeis dicho que necesitaba

un hombre inteligente que fuera á Argenton para hacer la lista de mis bienes.

—¿Y á dónde está ese hombre?

—Aquí, mi querido ciudadano, contestó Teresa.

—Pues bien, añadió Barrás; si lo permitís, le haremos subir y hablaremos con él de este asunto.

Se llamó á Juan Munier, quien subió al momento.

Barrás, Tallien y Fréron, le interrogaron y comprendieron que era un hombre inteligente y honrado.

—Pero ahora, dijo Barrás, ¿qué podemos hacer nosotros? No hay gobierno constituido y no podemos dar órdenes.

—Sí; pero podeis dar un certificado de civismo á un hombre encargado por vos de ir al departamento de la Creuse para hacer más averiguaciones. Hoy el mejor salvo-conducto son vuestros nombres.

Barrás miró á sus dos amigos, los que hicieron un movimiento de afirmacion.

Entonces tomó del pupitre de Teresa una hoja de papel perfumada, en la que escribió:

«Nos, los abajo firmados, recomendamos á los buenos patriotas, amigos del orden y enemigos de la sangre, al llamado Juan Munier, quien nos ha prestado ayuda en la última revolucion, la que ha conducido al cadalso á Robespierre.

»Se trata de hacer algunas investigaciones sobre la fortuna efectiva del difunto ex-marqués de Charelet, y de saber si esta fortuna continúa confiscada, ó si han sido vendidos los bienes.

»Rogamos á los magistrados y les aseguramos nuestra gratitud para que ayuden al ciudadano Juan Munier en estas diligencias.»

»Paris el 11 Termidor año II.»

Y firmaron los tres.

Juan Munier salió al dia siguiente.

A las tres, un cochero con librea condujo dos magníficos caballos, los que engancharon á una carretela: Fréron tenia que hacer y nos dejó: Teresa, Tallien, Barrás y yo subimos en el carruaje.

Hacia un tiempo magnífico: los Campos Elíseos estaban llenos

de gente, las mujeres llevaban en la mano ramos de flores, los hombres ramas de laurel, en recuerdo de la victoria ganada cuatro dias antes.

Difícil hubiera sido averiguar de dónde salian aquel número de carruajes, cuando se creia que ya en Paris solo quedaba la carreta del verdugo.

Paris presentaba un aspecto tan diferente de como yo lo habia visto, que no se podia ménos de participar del contento universal.

Entre aquellos carruajes, el nuestro era bastante elegante para llamar la atencion.

Pronto reconocieron á los que le ocupaban, y los nombres de Barrás, Tallien y Teresa Cabarrus se esparcieron por la multitud.

En la cólera y en el amor del pueblo hay algo del tigre.

Cinco minutos despues estaba cerrado el carruaje y no podia caminar sino al paso.

Entonces se oyeron los gritos de ¡Viva Barrás! ¡Viva Tallien! ¡Viva la señora de Cabarrus! Y en medio de estos gritos se oyó una voz de mujer, que gritó:

«¡Viva Nuestra Señora de Termidor!»

Este nombre le quedó á la hermosa Teresa.

Hasta la cabaña del paseo de las Viudas fuimos acompañados por aquellos gritos frenéticos, siéndonos imposible continuar el paseo.

Pero no concluyó con esto: la multitud estacionó delante de la puerta y pidió á gritos que salieran Barrás, Tallien y Teresa.

Fué preciso decir que Teresa necesitaba tranquilidad, porque estaba un poco indispueta.

En cuanto á mí, sentia una impresion singular que participaba del entusiasmo y del asombro.

Barrás no me dejó un momento, sin que despues me fuera posible recordar ni lo que me habia dicho, ni lo que le habia contestado yo.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cuando se fué Barrás, se apoderó Teresa de mí.

La conversacion recayó en Barrás. ¿Qué me parecia? ¿No era alegre, encantador, ingenioso?

Verdad es, todo era cierto.

Teresa me condujo á mi cuarto; no quiso dejarme hasta que me hizo mi tocador nocturno.

Mi cuarto, alumbrado por luces, era más bonito de noche que de dia: en todo reflejaban las bugías. En los cristales de los candeleros, en los vasos del Japon y de la China, en los espejos de Venecia y de Sajonia.

Mi cama tenia colgaduras de seda gris perla con botones de rosa, y hacia tal contraste con el jergon de los Carmelitas y de la Fuerza y con el catre de la viuda de Condorcet, que lo acaricié con la mano como hacen las niñas con los juguetes.

En medio de aquel lujo aquella criatura tan bella, tan elegante, tan animosa, que habia sido aclamada por todo un pueblo, el que habia querido desenganchar los caballos y llevarla en hombros; aquella hermosa española, que deseaba hacerme su amiga, no dejarme, vivir conmigo, hacer que me devolvieran mi fortuna, unir su lujo con el mio para que pasáramos una existencia espléndida, todo esto, lo confieso, era tan opuesto á los malos dias que acababa de pasar, á las tentativas que habia hecho para morir, que cuando pensaba en el pasado, me parecia que era un sueño febril é insensato, ó más bien que entraba en una vida que seria transito-

ria y que se desvanecería como las decoraciones de los jardines encantados y de los palacios espléndidos de los cuentos de hadas.

Me dormí acariciada por Teresa. Sueños encantadores continuaron aquellas delicias.

Al despertarme ví flores, árboles, y oí el canto de los pájaros. ¿Estaba todavía en Argenton?

¡Ay! No, estaba en Paris, paseo de las Viudas, en los Campos Eliseos.

Una doncella jóven, verdadera camarera de ópera cómica, entró en mi dormitorio, risueña, coqueta, andando de puntillas, para pedirme mis órdenes.

Se almorzaria á las once; pero hasta esa hora, ¿qué tomaría, café ó chocolate?

Pedí chocolate.

Aquella vida de prision tan dolorosa, cuánto debia pesar sobre Teresa, acostumbrada á ese lujo cotidiano; entonces comprendí la gratitud de Teresa por haberla salvado y haber contribuido á que recuperara su anterior posicion.

Todavía estábamos en la mesa cuando llegó Barrás, bajo el pretexto de hablar con Tallien de los asuntos públicos.

Nos hizo sus cumplidos, y pretendió que yo estaba más hermosa con el matinal que con el traje de noche.

¡Ah, amigo querido! Yo no estaba acostumbrada á este lenguaje; jamás me habias hablado así ni habias elogiado mi talento ni mi hermosura; solo me decias:

—Estoy contento de tí, Eva mia.

Despues, de vez en cuando me tomabas la mano y me decias:

—¡Te amo!

¡Oh! Si te viera en sueños mirarme así, si te oyera decirme: «¡te amo!» todo esto desaparecería y me habria salvado. ¿Tendré valor para concluir este manuscrito?...

Al salir Tallien, entraba Barrás.

—Ya me he ocupado de vos, me dijo, y creo haberos encontrado en un barrio elegante de Paris una casita tal y como puede conveniros.

—Pero, ciudadano Barrás, me parece que os precipitais mucho..

—Sucedá lo que quiera, os quedareis en París, y necesitais vivir en alguna parte.

—En primer lugar, no sé si permaneceré en París; y en todo caso, para comprar una casa es preciso que recobre mi fortuna, lo que aun no está hecho.

—Sí, pero estará muy pronto, replicó Barrás; acabo de ver á Sieyés y le he consultado: ya sabeis, es un abogado célebre; me dijo que nada se opondría á la restitucion de vuestros bienes, y deseo tener todo preparado para que al devolvéroslos no tengáis que esperar. No porque Teresa no desea teneros aquí siempre; pero comprendo que no teneis libertad en una casa que no es vuestra.

Barrás encontraba siempre varios pretextos para venir tres y cuatro veces por dia en casa de Tallien.

Los dias pasaban rápidamente, y yo intimaba cada vez más con Teresa, á quien Josefina abandonaba, entregada á su dolor por completo.

Su matrimonio con el vizconde de Beauharnais no habia sido feliz; pero lo perdió de una manera tan trágica, casi en los momentos en que la muerte de Robespierre le daba esperanza de salvarse, que por eso fué mayor su dolor.

Desconocia los decretos de la Providencia, los que la dejaban viuda para cumplir sus designos: más bien que su amor, era el cariño de sus hijos el que la hacia sentir el presente y dudar del porvenir. Pasaron quince dias, durante los cuales no faltó Barrás dos ó tres veces por dia.

Como era de presumir, los termidorianos estaban dispuestos á heredar el poder.

Sin ninguna duda, en el primer cambio que hubiera en el gobierno ocuparían el primer puesto.

Tallien y Barrás eran los jefes del partido termidoriano.

Ocho dias despues recibí noticias de Juan Munier; escribia que los bienes continuaban confiscados, pero que no se habian vendido.

Ofrecia hacerlos tasar y volver inmediatamente con la nota exacta del valor que representaban.

Efectivamente, llegó á los quince dias.

Los bienes, tales como casas, palacios, llanuras y bosques, valian como millon y medio en tiempos quebrados, y en otro dos millones, es decir sesenta mil libras de renta.

Las noticias eran excelentes, y confieso que salté de alegría. Desde el escalon de la esperanza á donde habia llegado, si me hubiera visto precisada á descender de nuevo al terreno del dolor y del olvido, de aquella indiferencia que me hizo buscar la muerte, no hubiera tenido valor.

Con vos, mi amado Jacobo, tenia fuerzas para soportarlo todo; pero sin tí, tú ausente, mi pobre corazon carecia de la fuerza suficiente.

¡Oh, Jacobo, Jacobo! has cuidado más mi cuerpo que mi alma; has tenido tiempo de formar mi belleza física, la que, segun dicen, admira; pero ¡y el alma! ¡y el alma! la has dejado débil y no tuviste tiempo de trasmitirla tu poderoso aliento.

Una vez que Barrás tuvo en su poder los documentos necesarios y el sumario de la muerte de mi padre, empezó á dar todos los pasos para que me devolvieran mi fortuna.

Aquel movimiento que empezaba á efectuarse me era simpático, pues con el gobierno jacobino habia perdido todo, y estuve para perder la vida.

Empezaban á proteger á las víctimas de la revolucion, y los que habian sido, como Fréron, de los más exagerados y furibundos demagogos, se lanzaban hasta el exceso por el camino opuesto.

Yo salia con Teresa y con Tallien: en virtud de la ley del divorcio, habia podido volver á casarse viviendo aun su primer marido, y lo que caracteriza perfectamente á una española, es que se casó ante un sacerdote no juramentado.

Barrás tenia cada dia mayores atenciones para mí: era fácil comprender que obedecia á una pasion irresistible.

Por mi parte, fuese la esperanza de los servicios que debia hacerme; fuera que á pesar mio cediera al encanto que me rodeaba; sea que la ausencia, querido amigo, hiciera su efecto en una alma vulgar, lo cierto es que tenia tal costumbre de verlo, que si fal-

taba una vez estaba intranquila y le aguardaba con impaciencia.

Pasaron dos meses. Un día se presentó Barrás con una berlina tirada por dos hermosos caballos: dijo que tenía que enseñarme un edificio.

En la íntima amistad que tenía con él, no ví inconveniente ninguno en salir sola en su compañía.

Me condujo á una casita de la calle de la Victoria, situada entre patio y jardín.

Un ayuda de cámara aguardaba en la puerta.

Me hizo visitar la casa desde el piso bajo hasta el segundo. No era posible ver nada más encantador que aquella joya de una elegancia perfecta y el lujo unido al buen gusto, lo que es muchas veces difícil de hermanar.

En el salón había dos preciosos cuadros de Greuze; en un dormitorio un Cristo, apareciéndose á la Magdalena de Prudhon.

El cuarto de dormir parecía un gabinete cortado en un capullo de rosa por un colibrí.

Abrió un escritorio de palo de rosa y me enseñó la providencia del juez, que levantaba la confiscación de mis bienes, y debajo las escrituras de propiedad.

Cuando manifesté deseo de volver á casa de Teresa, me dijo:

—Quedaos, señorita; esta casa es vuestra; está casi pagada con los cuatro años de renta que no había cobrado vuestro padre. Sois rica, poseéis millon y medio, y lo que os queda por pagar son cuarenta mil francos, resto del valor de esta casa: sólo os pongo una condición. Tallien, su mujer y yo vendremos hoy á comer con vos para estrenar la casa. El carruaje y los criados son vuestros, y si el cocinero no nos hace bien la comida, le despediremos despues.

Y con la gracia y la elegancia que sabía emplear para todo, tomó mi mano, la besó y salió.

Su carruaje le esperaba en la puerta.

El mio quedó enganchado en el patio.

Una linda y jóven camarera se presentó á mis órdenes y me abrió dos ó tres armarios llenos de ropa y vestidos los más ele-

gantes, escogidos por Teresa y mandados hacer por su medida.

Estaba estupefacta.

Mi primer movimiento fué abrir la papelera en donde estaban las escrituras.

Encontré la escritura de venta de la casa, hecha á mi nombre por Juan Munier, mi procurador.

En aquellos días en que las fincas tenían poco valor, había costado setenta mil francos, lo cual no era ni la mitad de lo que valía.

Se había pagado con la renta de cuatro años de los cortijos, pues los renteros no sabían á quién entregar el dinero y lo habían conservado.

Con la escritura estaban las cuentas del tapicero, que subían á cuarenta mil francos; las de los pintores, de las tiendas de diferentes objetos, de esas encantadoras bagatelas que adornan las chimeneas y las consolas.

Segun había dicho Barrás, todo estaba pagado por mí, con mis rentas, y solo me había obsequiado con un reloj encerrado en una pulsera, y que marcaba la hora en la que había tomado posesión de la casa.

Satisfecho este movimiento de orgullo, no vacilé ya en aceptar una casa comprada con dinero de mi familia y heredado de mi padre. Además, encontré en un cofrecillo mil lises y escritas en la tapa estas palabras:

«Resto de las rentas de la señorita Eva de Charelet, de los años 1791, 1792, 1793 y 1794.»

Las cuentas de los vestidos estaban aparte. La doncella me las entregó diciendo:

—¿Desea la señora alguna cosa?

—Sí; venid á vestirme, y decid al cochero que no desenganche.

Me vistió; y pensando que me había separado de Teresa sin decirle nada y que debía ir á renovarle el convite que Barrás le había hecho en mi nombre de venir con Tallien á estrenar la casa, subí en mi carruaje y me hice conducir á la cabaña.

Al salir de mi casa, un suizo, un portero abrió las dos hojas de la puerta, y los caballos salieron á galope.